

COMENTARIOS

DIALOGO DE SORDOS

Un dramaturgo como Calderón de la Barca estaría pletórico de inspiración para una obra actualizada de "la vida es sueño"; los monólogos de sus Segismundos cobrarían un nuevo sentido y contenido. Muchos piensan que un diálogo es la sucesión alterna de monólogos caballerosamente yuxtapuestos, en vez de la discusión racional sobre un tema común, lo que hace dudar de la sinceridad de buscar y encontrar algún punto de acuerdo y de solución a la trágica problemática que vivimos.

Se habla de diálogo y negociación para Polonia, Afganistán o Centroamérica, en Ginebra, Madrid o la OTAN. Se pronuncian por el diálogo y las soluciones políticas para nuestra región, desde el Congreso y el mismo ejecutivo norteamericano (cuando menos formalmente), pasando por la ONU, la OEA, Contadora, hasta los gobiernos de la región, el FSLN o el FDR-FMLN. Se nombran enviados especiales y se crean comisiones negociadoras, bien sea en el Líbano y cercano oriente, en Centroamérica o en cualquier otra parte. Es cierto que los avances y acuerdos provisionales se deben mantener secretos y que las declaraciones públicas no siempre responden a lo tratado. Pero también es cierto, y no menos, que los indicios, las declaraciones y las actuaciones respectivas no apuntan a un verdadero diálogo sino, cuando más, a monólogos independientes aunque simultáneos.

Nicaragua recita sus monólogos acusando a sus vecinos y a los EE.UU., pero Costa Rica, Honduras y EE.UU. se alternan también para pronunciar los suyos acusando a Nicaragua, sin punto alguno de coincidencia ni de respuesta mu-

tua a las acusaciones contrarias. También la URSS y los EE.UU. recitan sus monólogos ininterrumpidamente, a propósito de cualquier excusa o motivo, del armamentismo, del espionaje, de la mala voluntad contraria, de sus expansionismos e imperialismos respectivos, de los misiles o del avión surcoreano. El Presidente Magaña repite una y mil veces "no tenemos nada que negociar", mientras el FDR-FMLN se niega rotundamente a participar en las anunciadas elecciones sin una previa negociación. La Comisión de Paz se lamenta de que sus interlocutores no tengan poder de decisión y sean de "cuarta línea", sin pararse a pensar de qué línea sean ellos mismos —después de, por lo menos, EE.UU., la Fuerza Armada, la constituyente, el ejecutivo—, o qué poder de decisión tengan ellos a su vez.

Estados Unidos se rasga las vestiduras ante el hecho, de ningún punto de vista justificable, de la destrucción de un avión surcoreano de pasajeros por aviones militares soviéticos, pero se hace sordo a las acusaciones fundadas de haber penetrado el espacio aéreo de la URSS en varios cientos de millas, de llevar las luces apagadas, de no responder a las advertencias de señales internacionales, ni explica el que estuviera en la ruta el otro avión espía, las comunicaciones con el satélite o la noticia de que Nixon fue advertido de que no volara en ese avión y, lo que es peor, se hace sordo al clamor que le inculpa de haber usado de carnada a todas esas personas civiles en una misión que podía tener, y tuvo, fatales consecuencias. De nada sirven las evasivas sobre problemas de computación de la nave

ni el hacerse de oídos sordos; como tampoco servía de excusa para la URSS el negarse a reconocer su acción en un comienzo o la responsabilidad ética después, y el culpar de todo al imperialismo norteamericano.

El derribo de dicho avión le vino como anillo al dedo a la diplomacia exterior de los EE.UU., que buscó una orquestación de protesta y condena de su principal adversario, y una base mayor de endurecimiento y militarismo en su propia zona de seguridad e influencia (para el caso Centroamérica). Pero ese monólogo norteamericano es, desde cualquier perspectiva ética, inaceptable y farisaico, mientras apoya y subvenciona a los contrarrevolucionarios nicaragüenses, mientras encubre o justifica bombardeos de la aviación salvadoreña a la población civil (como el caso de Tenancingo, entre otros muchos) con aparatos, bombas y estrategia militar de los propios EE.UU., mientras persiste en la ayuda a un gobierno que no cumple con las condiciones impuestas de respeto a los derechos humanos fundamentales. Envalentonadas con los discursos de

Reagan y de sus hombres más afines y cercanos, las fuerzas más radicales, amparándose en la búsqueda de la paz y tranquilidad para El Salvador, en la salvaguarda de los valores occidentales y cristianos, ponen bombas o amenazan a las personas y fuerzas sociales que apoyan un diálogo que viabilice esa paz y ese encuentro de hermanos. Como reacción natural, los monólogos anteriores provocan actitudes monologales que conducen al sandinismo a una mayor radicalización política, a militarizarse para defender la revolución contra sus adversarios, a ir postergando el proceso democrático anunciado en aras de la defensa prioritaria de la patria; al FDR-FMLN, a seguir anunciando su disposición al diálogo, pero a profundizar simultáneamente la guerra para obtener una mejor posición en la mesa de negociaciones, si es que se llega a ella, y a realizar acciones que traen como secuela, inevitable en las condiciones presentes, la intensificación de la guerra y la represión contra la población civil rural y urbana.



Las declaraciones de voluntad de diálogo manifiestan la sordera a las propuestas del adversario y la preferencia por el monólogo. Los EE.UU. hablan de diálogo, nombran a Stone, a la comisión Kissinger o alaban los esfuerzos de Contadora; al tiempo que Reagan acusa a Cuba y a la URSS de haber violado repetidamente los acuerdos de 1962; Ikle manifiesta que EE.U. debe impedir la consolidación del régimen sandinista en Nicaragua; Kirkpatrick reafirma que para detener la insurgencia y lograr la paz en Centroamérica es inevitable una victoria militar; Néstor Sánchez denuncia que Nicaragua se ha convertido en un santuario militarizado para la subversión y aparece irrevocablemente dedicada a seguir el sendero del marxismo totalitario. Como reacción, mientras Nicaragua lleva su caso al seno de la ONU, endurece su línea y amenaza con perseguir a sus enemigos aún dentro del territorio de sus países vecinos; mientras el FDR-FMLN se reúne con Stone y con la Comisión de Paz, Zamora anuncia nuevas ofensivas militares y Villalobos exalta la vía armada como esperanza del triunfo popular.

Las actuaciones, sin embargo, son mejores indicadores que las declaraciones. Y aunque ciertas declaraciones sean de diálogo, las acciones son de monólogo. No es para facilitar el diálogo el fortificar a Honduras, el bloquear los océanos con las escuadras norteamericanas, el montar los mayores operativos militares de la historia en la región, el incrementar la ayuda al gobierno salvadoreño y a la contrarrevolución nicaragüense (por más encubierta que sea su forma), el reestructurar el CONDECA, el sustituir a Ríos Montt por Mejía Vítores, el desestabilizar políticamente a Panamá, el permitir la presencia israelí en el área o el erizar de misiles a Europa.

Las fuerzas sociales salvadoreñas (y nicaragüenses) más interesadas y beneficiadas por el antiguo régimen tienen miedo al diálogo que les prive de una parte de sus privilegios. Las fuerzas en el poder en los EE.UU. le tienen miedo al diálogo, a la coexistencia pacífica, a la libertad y pluralidad, a la verdadera democracia y autodefinición de los pueblos; sus intereses los ideologizan con slogans, con temores, con anatemas, con falsos análisis, con cerrar los ojos a la realidad y los oídos a las razones humanitarias; están acostumbrados al uso e imposición de la fuerza, prefieren el uso de la fuerza, que es el arma de los débiles. Y también algunos integrantes de las fuerzas insurgentes (o de las fuerzas en el poder, para el caso de Nicaragua), parecen tener miedo al diálogo verdadero; inseguros de la fuerza de su causa o de su razón, pueden abrigar temores de debilidad si ceden en puntos importantes, aunque no sean fundamentales; temen quizás traicionar las aspiraciones justas y la sangre vertida a torrentes por el pueblo si no defienden tesis maximalistas o guiados por un optimismo idealista, ven próximo a caer, como un fruto maduro, el triunfo militar.

El diálogo es una palabra bella, pero muchas veces vacía de contenido. La inseguridad en las propias posiciones, en la justicia de su causa, la debilidad de las propias razones provocan miedo al diálogo, a la discusión honesta y sincera, a la confrontación racional y adulta; se prefiere el monólogo aislado y sordo, el discurso por turno, la razón de la fuerza a la fuerza de la razón. Preferimos, como Segismundo, seguir soñando, recitar nuestro monólogo sin despertar; pero este sueño que estamos viviendo es una pesadilla macabra de muerte y horror.

W.Z.